

MEDITA CONMIGO

**Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro. Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: Pero ¿entiendes lo que lees? Él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él. (Hech 8:29-31)**

Hace 47 años, a unos meses de haber nacido de nuevo, me encontraba leyendo las Escrituras, precisamente en este pasaje; de pronto se me acercó un primo que llegó a visitar a la familia, con la cual yo también estaba de visita, y me preguntó -¿Qué lees?- a lo que contesté -La Biblia- asombrosamente me preguntó -¿Y entiendes lo que lees?- de verdad que me turbó el alma; sin duda no fue coincidencia; hoy entiendo que el Espíritu de mi Señor se valió de este hombre para enseñarme la importancia de entender lo que se lee, pero aun más, humillarse a reconocer que necesitamos oír al que Dios envía para que nos explique; a partir de entonces procuré buscar siempre a ese *alguno* para que me enseñara, el cual no siempre ha sido un semejante, o un libro, sino mayormente la invisible presencia de mi Señor, es decir, su Espíritu, rogándole: *Señor, enséñame*; en realidad el maestro que enseñó al eunuco a través de la persona de Felipe fue Su Espíritu.

Siempre ha sido importante y vital que se entiendan las Escrituras, tanto así que el estilo de enseñanza de Jesús siempre era dirigir a sus discípulos a ellas, preguntando: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? (Lc 10:26); pero este tiempo requiere de mayor diligencia en cuanto a procurar entender, por cuanto el grado de confusión que el jinete del caballo blanco, citado en Apocalipsis, ha inyectado en el mundo es terrible; en cada generación los entendidos de Dios han sabido qué decir a los hombres para que discernan los tiempos de Dios y en consecuencia decidan qué camino seguir, porque él desea que entendamos las señales de los tiempos, de lo cual las Escrituras dan testimonio, esto es lo que motivó a Jesús a decir a aquellos hombres: *¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!* (Mt 16:3). Tan terrible es la confusión que se han entendido a medias las palabras del profeta Amos cuando dice: *He aquí vienen días, dice Jehová el Señor, en los cuales enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová*, al interpretar que la gente hoy tiene deseos de escuchar la palabra de Dios, pero sin atender a lo que en seguida dice: *E irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente discurrirán buscando palabra de Jehová, y no la hallarán* (Am 8:11-12). La pregunta en consecuencia es, ¿Por qué si Dios envía hambre de su palabra a la tierra, los hombres no la hallan? La respuesta la encontramos en la actitud del eunuco, éste, siendo un hombre de importante posición no encontró un estorbo en ello para decir: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? es decir, humildad. No es esto precisamente lo que distingue a nuestro tiempo, sino la soberbia de arriba a bajo; se prefiere apagar la sed con bebidas gratas al paladar que con agua saludable; dicho de otro modo, se prefiere a los que predicán con palabras endulzadas, es decir hechas a modo, por esto Pablo dice: *No sufrirán la sana doctrina* (2 Tim 4:3); sólo comieron de oír, lo cual es el preciado terreno para los falsos maestros; las anteriores palabras de Amos están asombrosamente precedidas por estas líneas: *Y cambiaré vuestras fiestas en lloro, y todos vuestros cantares en lamentaciones; y haré poner cilicio sobre todo lomo, y que se rape toda cabeza; y la volveré como en llanto de unigénito, y su postrimería como día amargo* (Am 8:10). Días de amargura mundial es lo que ahora estamos viviendo, porque de algún modo Dios quiere quebrantar la sordera de la humanidad; su objetivo no es otro sino que el hombre despierte para que la luz de Dios le alumbre (Ef 5:14), esto no es un castigo, sino todo lo contrario, la oportunidad para no llegar al castigo, que no es de días, meses o años, sino del eterno estado sin Dios (Jn 3:17).

Este tiempo es para que todo mundo tenga la oportunidad de oír la dulzura de la buena noticia nacida de la amargura sufrida por el Hijo de Dios, narrada en el pasaje que el eunuco venía leyendo en su carruaje (Is 53); dulzura probada por este personaje cuando a partir de esta Escritura Felipe le predicó el evangelio, y que por haber creído fue movido a ser sepultado con Jesucristo al encontrar aquellas aguas (Rom 6:4). Esta es la fe que mi Señor quiere despertar en los hombres, pero para ello es necesario que se oiga o que se predique el Evangelio (Rom 10:17, 1 Cor 1:23, 2:1-2) que tristemente en mucho ha sido sustituido con proselitismo religioso; que mi Señor nos sensibilice para entender que toda la Escritura apunta hacia un sólo lugar: La cruz del calvario, y que sin ella toda predicación es sólo palabrería religiosa.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava